

**El periodismo ante la transfiguración del poder
en el proceso sociopolítico venezolano**
*Journalism and the new forms of power
in the Venezuelan sociopolitical process*

Héctor Bujanda*

hectorbujanda@yahoo.es

Resumen

La experiencia concreta del viaje al interior de la sociedad, y de sus posibilidades discursivas, permite analizar el estatus del Otro y sus implicaciones en el régimen de lo visible y lo invisible. A partir de esta perspectiva se explora la posibilidad de rescatar el periodismo en Venezuela en tiempos de polarización, cambios sociopolíticos y transfiguración del poder. Esto obliga a pensar el ejercicio del periodismo como un viaje apegado a la idea del *equilibrio en tensión*, o a la *armonía conflictiva*, como manera de describir, traducir y documentar la relación de los extremos, la relación de los otros en conflicto

Palabras clave: Venezuela, política, poder, periodismo

* Periodista, docente y novelista. Coordinador de información y comunicación de la Fundación Instituto de Estudios Avanzados del Ministerio de Ciencia y Tecnología de Venezuela. Docente en la maestría Comunicación para el Desarrollo Social de la UCAB. Su novela *La última vez* fue merecedora del Premio II Bial de Novela Adriano González León 2006.

Abstract

The concrete experience of moving within society, with its many possible viewpoints for discussion, allows one to analyze the status of others and its visible and not so visible implications. Beginning with this, we explore the possibilities of saving Venezuelan journalism during this time of polarization, socio-political changes and new forms of power. Hence the need to conceive of a journalism guided by the idea of a *tense equilibrium or harmony in conflict* as a way of describing, translating and documenting the relationship between opposites, the relation of others in conflict.

Key words: Venezuela, politics, power, journalism

Dice una máxima de la antropología que el espectáculo imprevisto de tropezarse con otra humanidad, con otro pueblo –con el Otro, en definitiva–, despierta siempre tres emociones distintas y contrastantes: este encuentro con el Otro puede ser percibido como un descenso a los infiernos, como un retorno al origen primitivo, o como el hallazgo de la Tierra Prometida.

No hay que viajar a los Mares del Sur o internarse en el corazón de la selva amazónica para saber lo que suscita un encuentro con el Otro radicalmente diferente. No hay que desplazarse tanto, ni tan lejos, para vivir esta experiencia. Hay un viaje si se quiere más íntimo, más próximo, que puede llegar a ser tan perturbador como esos viajes a los confines del planeta. Se trata menos de registrar lo exótico o de vivir lo recóndito. Hablamos de viajes al interior mismo de la sociedad, a esos espacios y lugares que se encuentran a la otra orilla del río, al pie de una colina, en la prolongación de una calle o que irrumpen después de un cruce que anuncia otra urbanización-mundo. Esos viajes son, sobre todo, viajes al lugar de los otros, aunque paradójicamente no los reconocamos ni como viajes ni como encuentros con el Otro¹.

¹ Tomo prestada la perspectiva que liga la experiencia concreta del viaje con las posibilidades discursivas de su reconstrucción, así como las implicaciones que esto tiene para el régimen de lo visible y lo invisible en la sociedad. Jacques Ranciere, *Breves viajes al país del pueblo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1991 (1990).

Los viajes al interior de la sociedad siempre anuncian una historia de fracturas, desconocimientos y desprecios que hablan de antagonismos múltiples, reacomodos y abismos que nunca son fáciles de suturar. Desde esta perspectiva –del viaje como experiencia, constatación y reconstrucción del Otro– podemos acercarnos a la historia de la Venezuela de los últimos 20 años, y proponer al país como un viaje tumultuoso, fragmentario y contrastante que pone a prueba y desafía nuestra relación con los otros; así como cuestiona las funciones que deben cumplir tanto el Estado como los Medios de Comunicación como agentes de construcción y cohesión del lazo social. Esto, como veremos más adelante, trae enormes consecuencias para la comprensión de un ejercicio del periodismo que sea libre, audaz, transgresivo, capaz de adentrarse en el corazón mismo de las diferencias para registrar los abismos y conflictos, las novedades, la verdad en sus diversas manifestaciones y la fuerza insurgente del cambio y la transformación.

Fracturas y multiplicación de los otros

Venezuela –como sabemos desde la década de los 80– ya no puede definirse como *una ilusión de armonía*, lugar en el que todos conviven de manera autocomplaciente unos con otros. *La ilusión de armonía* fue una metáfora ideológica que le sirvió al economista Ramón Piñango, a principio de los años 80, para hablar de un país que vivió relativamente estable durante casi tres décadas y que, de pronto, se había roto. Un país al que había que reconstruir con sentido de urgencia. A partir de entonces, cuando la sociedad venezolana empieza a perder su *fuerza imaginal* –su sentido de pertenencia– y se pone en crisis el pacto de convivencia, se disuelven las certezas democráticas. La pérdida de las certezas democráticas está relacionada con el naufragio de las coordenadas institucionales que regulaban las mediaciones y las diversas relaciones al interior de lo social, es decir, lo que creaba, precisamente, la ilusión de *conjunto*, de *armonía*.

Entran en crisis, de este modo, los partidos políticos como forma fundamental de mediación entre la sociedad y el Estado; entran en crisis las instituciones

estatales, que dejan de responder administrativamente a las necesidades cotidianas de la sociedad; se recorta paulatinamente la capacidad de acción social del Estado (en tanto rector de las políticas de redistribución de la renta y agente central de los mecanismos de protección social). Las consecuencias de estas severas transformaciones, el ocaso del modelo país y la irrupción de una nueva fórmula ideológica de gestión de lo político, de lo público y del Estado, traen como consecuencia el aumento de las desigualdades, de la exclusión y de la violencia.

A propósito de los efectos que trajo el neoliberalismo a partir de la década de los 80, y que marcha en paralelo con el fin de la concepción del Estado de Bienestar, el sociólogo francés Loïc Wacquant destaca tres rasgos característicos que aparecen con su derrumbe: 1) *desempleo masivo* (una creciente desproletarización de los trabajadores, que va acompañada de una expansiva economía informal o de supervivencia); 2) *relegación de los barrios desposeídos* (producto de la disminución de los recursos que el Estado y el mercado aportaban a las capas de trabajadores más pobres, con lo cual se crean vastos sectores marginales asociados con la pobreza extrema); y 3) *estigmatización creciente* (aparición de un discurso social y mediático que criminaliza a los pobres, a los excluidos y a los que quedan fuera de los circuitos simbólicos y materiales de la sociedad productiva)².

Los viajes al país del pueblo, como diría Jacques Ranciere, al corazón del Otro que perturba o fascina, se hacen desde los años del neoliberalismo una experiencia cada vez más cotidiana, más del día a día, producto de los grandes desencuentros entre la sociedad rica y la sociedad pobre, entre los que tienen privilegios simbólicos y los marginados. Esas características que destaca Wacquant son extensibles al fenómeno sociopolítico venezolano. Si hay algo que habría que subrayar del ya largo conflicto en Venezuela, es que se han multiplicado los Otros como entidades que hacen multitud en la calle, que se apropian de los espacios y circulan por todas las esquinas de las ciudades, ge-

² Loïc Wacquant. *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007 (2006), p. 41.

nerando choques, muros, resistencias que no contribuyen a ampliar los niveles de solidaridad y convivencia.

El saldo en los años 90 de este proceso neoliberal de resquebrajamiento, de rupturas y resistencias crecientes, lo conocemos de sobra: un estallido social, dos intentos de golpe de Estado, una crisis financiera, un aumento exponencial de la delincuencia, unos partidos políticos aniquilados por la decadencia y la implosión, el auge de la economía informal, la transformación de los medios de comunicación en agentes protagónicos de la credibilidad política, la percepción extendida de que los militares eran una referencia ineludible para el cambio político, el «vetetismo mediático» de expertos y agentes de *lobby* económico, más que de la representación de verdaderos líderes y voceros de las comunidades y de los movimientos sociales que se multiplicaron durante la década.

El cuadro previo a 1998 no podía ser más oscuro y complicado: colapso del Estado, renacimiento de la esperanza mesiánica, crecimiento del poder mediático, tendencias militaristas, fortalecimiento de vocerías que no respondían a las lógicas que demandaba la comunidad y los movimientos sociales. Y a su vez, una ebullición inédita de grupos sociales, que demandaban cambios urgentes y nuevos pactos sociales e institucionales. 1998 representa un momento paradójico de nuestra historia contemporánea, y hay que buscar allí las raíces de la ruptura cognitiva que ha ocurrido de manera tajante en los últimos 10 años³.

El viaje a la polarización

A partir de 1998 renace, por un lado, el embrión de la política como construcción básica del lazo social, y por el otro se despliega y consolida la sociedad mediática, que trabaja cotidianamente en la elaboración de acontecimientos,

³ Para una visión completa y panorámica del proceso sociopolítico venezolano desde 1983 hasta 2004, ver sobre todo el primer capítulo de Margarita López Maya, *Del viernes negro al referéndum revocatorio*. Caracas: Alfadil, 2006, pp. 21-40.

en la preparación de versiones e interpretaciones de la realidad, en el dominio de la opinión pública como suplantación de la dinámica democrática. El año 1998 encarna una encrucijada: por un lado aparece la opción política y la idea de replantear una nueva relación entre Estado y sociedad, y por el otro la antipolítica, encarnada en la escenificación mediática de los asuntos públicos.

Este conflicto entre política y antipolítica ha originado una verdadera distorsión de la democracia en tiempos de transición y demandas de cambio. Venezuela es un país que convoca, desde que se inició el proceso político liderado por Hugo Chávez, las tres emociones que mencionamos al principio: se le juzga como un país que ha dado un inexplicable salto atrás, que ha hecho un retorno a lo primitivo/prohibido que borra la tradición institucional venezolana; se le considera como un verdadero peligro para la democracia liberal que hoy impera en Occidente, describiéndolo como un nuevo brote de fascismo neopopulista; o sencillamente se le celebra por ser la nación que condensa, con un liderazgo definido, las esperanzas de emancipación de los pueblos pobres y excluidos de la globalización neoliberal.

A partir de estos tres registros han aflorado posturas extremas, idealismos de diferentes tipos que hablan de la imposibilidad, todavía, de conseguir una adecuada forma social y estatal, basada en la reconstrucción de valores de convivencia, solidaridad y tramitación de las diferencias. Los dogmáticos de diferente cuño se han conseguido como peces en el agua en estos años. Ha aparecido una polarización de posturas que tiene vertientes políticas y económicas.

En el debate político, hay sectores que están convencidos de la prédica marxista-leninista ortodoxa que habla de construir una sociedad plenamente reconciliada en su igualdad y su productividad creativa (el mito de la sociedad comunista basada en un «hombre nuevo» desde luego inexistente), y hay sectores opuestos que repiten hasta el aburrimiento una fórmula arquitectónica que está en crisis y en decadencia: la fórmula liberal de la democracia como representación, contrapeso y autonomía de poderes en una sociedad, precisamente, marcada por la profunda división social y el desequilibrio de poderes.

En el debate económico aparece un sector que tiene la fantasía de considerar al Estado como la fuente única de producción, que finalmente equili-

braría a la sociedad y garantizaría la igualdad, y aparece otro extremo que cree ramplonamente en la «mano invisible del mercado», en el libre juego de la oferta y la demanda como mecanismo de progreso para todos. Existen, en el fondo, dos extremos claramente delineados en nuestro conflicto: la llave Comunidad/Estado y la morocha Individuo/Mercado. ¿Son estos extremos necesarios para resituar la democracia en Venezuela?

Partiendo de la concepción de que no existen identidades absolutas y autosuficientes, consideramos que la propia dinámica del viaje y del encuentro con los otros «extremos» (el Otro es creencias, imaginarios, ideologías que no son fáciles de traducir, de eliminar, de apropiar o de negociar) permite asegurar alguna condición de diálogo, de relación y en definitiva de reconstrucción de lo público como espacio donde pululan las diferencias (donde éstas *hacen conjunto* gracias a una lógica de la atracción y repulsión de unos con otros).

Lucha hegemónica, comunicación de guerra

La representación del conflicto en Venezuela de los últimos diez años se ha concentrado, sobre todo, en el Estado y los Medios de Comunicación, es decir, en el antagonismo entre política y comunicación. Lo que está en juego es el dominio de las formas del lazo social, y esto define una política y una anti-política a partir de interpelaciones, discursos, ideologías e instituciones.

Se ha producido una feroz lucha hegemónica entre poderes emergentes y poderes tradicionales, que ha tenido como principal vitrina el uso de los medios de comunicación. *Democracia mediática* (para citar autores como Giovanni Sartori), *política de simulacros* (Jean Baudrillard) o *sociedad del espectáculo* (Guy Debord) son categorías que circulan en las academias y en las universidades desde hace algunos años –e incluso décadas– para tipificar la peculiar y dramática suplantación o colonización que ha sufrido la política, en el ámbito planetario, por el poder de influencia creciente que tienen los medios de comunicación. No resulta casual que mientras más se habla en Occidente de la democracia como un equilibrio de poderes, lo que aparece en

realidad es un desequilibrio *espectacular* de poderes entre lo institucional y lo virtual (en favor, desde luego, de la segunda).

La lucha hegemónica en Venezuela ha sido alimentada por nuevos actores sociales (los otros «monstruosos» que han conseguido representación política en estos años), por la clase política tradicional (representantes de la sociedad que se niega al cambio) y por una gama de expertos que desfilan por los estudios de televisión (expertos en finanzas, en sociología, en política, en psicología, en educación, que buscan «orientar» constantemente la lectura de los acontecimientos). Esta lucha hegemónica, precisamente, lejos de cerrar el juego alrededor de una identidad política única (Comunidad/Estado o Individuo/Mercado), por el contrario lo abre, dejando intactas aún las potencialidades políticas del cambio y la transformación, y la dinámica democrática.

¿Cómo registrar y documentar desde el discurso periodístico estas luchas hegemónicas, estas transformaciones sociopolíticas, estos profundos antagonismos socioculturales? A estas alturas parece una redundancia, pero hay que repetirlo: a Chávez se le ama o se le odia, al proceso político que lidera se le venera o se le maldice. Así, sin medias tintas. No existen puntos de consenso o miradas complejas. Los puentes se han roto. Ha desaparecido el terreno de traducción permanente que ejercía el periodismo, como institución constructora de la opinión pública.

Ha desaparecido un periodismo que debe registrar, documentar y presentar, con sentido de equilibrio, los diversos disensos que existen entre las fuerzas políticas existentes, entre los extremos políticos. Lo que ha surgido en estos años, sobredeterminado por la polarización Estado-medios de comunicación, es un periodismo de propaganda y movilización, de denuncia fácil y de adulación. Un periodismo al servicio de los intereses políticos del oficialismo y de la oposición. El periodismo se ha convertido, hay que decirlo, en arma de guerra al servicio de las grandes maquinarias políticas.

El poder de decir y de construir realidad

¿Cuál es el origen del conflicto entre política y comunicación que se vive

en el país y que se ha convertido en un tema de debate a escala global? No tiene otro nombre que *el Poder*. Poder es, sobre todo, capacidad para decir. Como dice Michel Foucault, no sólo se trata de acumular riqueza o dominio material: el poder es capacidad para producir realidades, para hacer visibles ciertas prácticas, para describir, designar y calificar a sujetos y objetos. El poder es técnica, estrategia, lenguaje, medios. Y su fin último es producir al individuo como un efecto de sus prácticas, es decir, lograr captar al individuo a través de efectos de realidad. De esta manera el poder es, sobre todo, capacidad para construir escenas e imaginarios.

El poder debe analizarse como algo que circula o, mejor, como algo que sólo funciona en cadena. Nunca se localiza aquí o allá, nunca está en las manos de algunos, nunca se apropia como una riqueza o un bien. El poder funciona. El poder se ejerce en red y, en ella, los individuos no sólo circulan, sino que están siempre en situación de sufrirlo y también de ejercerlo. Nunca son el blanco inerte o consintiente del poder, siempre son sus relevos. En otras palabras, el poder transita por los individuos, no se aplica a ellos⁴.

Hay un ejemplo adecuado para analizar el factor del poder en el caso venezolano: cuenta el escritor sudafricano y Premio Nobel de Literatura John Maxwell Coetzee, que a principios de los años 90 los blancos empezaron a sentirse incómodos porque los negros los llamaban *colonos* en grafitis y en discursos de prensa y noticieros. Los blancos sudafricanos se sienten cualquier cosa menos colonos, porque nacieron en Sudáfrica y se creen más sudafricanos que los propios negros. Así que la palabra les parecía ofensiva, con una carga de odio excesiva, porque los trataba como habitantes transitorios en su propia patria.

Coetzee, que en su obra literaria ha sabido describir con una lucidez inimitable la manera como un poder eclipsa y aparece en el horizonte otro poder, explica que la palabra *colono* no tiene ninguna connotación peyorativa, es una palabra blanca. Lo que ha sucedido es que la palabra ha sido objeto de *apropiación* por parte de los que siempre habían sido designados,

⁴ Michel Foucault. *Hay que defender la sociedad*. Madrid: Akal, 2003 (1997), p. 34.

despectivamente, *nativos*. Dice Coetzee que la aparición en el discurso público de la palabra *colono* es un indicio de que el poder político de los blancos se venía reduciendo de manera acelerada desde los años 80, y que ese poder, sobre todo, estribaba en la capacidad para describir, calificar y designar a los otros.

Parte de su indignación (la de los blancos) se produjo al conocer una impotencia de la cual es señal el hecho de que a uno le pongan nombre (...) el hecho de poner nombre incluye el control de la distancia deíctica: puede colocar al denominado a una prudente distancia, tan fácilmente como puede atraerlo cariñosamente más cerca⁵.

Hablamos de palabras que generan rechazo, por un lado, pero empatía por el otro. Discursos que clasifican y subrayan distancias, por un lado, e identifican a aliados y seguidores, por el otro. El poder en la era posmoderna es habilidad para diseñar y construir discursos, territorios simbólicos, marcas, destreza para movilizar a partir de ficciones, emblemas y palabras. El poder es, sobre todo habilidad para comunicar; por eso los medios de comunicación son el centro del conflicto político en Venezuela, porque la disputa gira alrededor de las interpretaciones, de las versiones, de la capacidad para construir realidad. «Escuálidos» y «chavistas» (opositores y oficialistas) son las palabras fundamentales –como *colono* y *nativo* en Sudáfrica– que sirven para describir el conflicto hegemónico que hay en el país, y la manera como se están desplazando los actores y los lugares tradicionales del poder.

Una mirada omnicompreensiva

Resulta necesario construir una visión omnicompreensiva del proceso sociopolítico venezolano de los últimos 20 años, para no repetir las miradas mezquinas y excluyentes que han dominado hasta ahora, para no seguirle el

⁵ J.M. Coetzee. *Contra la censura. Ensayos sobre la pasión de silenciar*. Caracas: Debate, 2007 (1996), p. 16.

juego a los intereses y máquinas del poder que se despliegan en el país. Comeríamos un grave error si insistiéramos en visiones maniqueas. Si se quiere complacer el deseo y las creencias de la gran audiencia, ávida de tener percepciones instantáneas de la realidad, entonces tendríamos que repetir la nefasta lógica del *blanco* y del *negro* que ha imperado en estos años en nuestros medios de comunicación, y que ha traído graves consecuencias a la hora de resituar el rol de la democracia, la comunicación y el periodismo en tiempos de cambios y transformación institucional.

El resultado de tanto maniqueísmo, de tanta construcción política y mediática en *blanco* y *negro* ha sido evidente: un país dividido en insuperables abismos. En Venezuela ha ocurrido una verdadera ruptura cognitiva: para un sector de la sociedad, se está construyendo un nuevo modelo totalitario; para el otro, la humanidad ha descubierto en estas tierras el camino definitivo de la justicia social y la clave para desarmar al capitalismo mundial. ¿Mentiras o ficciones puras y maquinadas de lado y lado? Seguramente no, en cada extremo de los discursos se respira algo de verdad, lo cual habla de una complejidad que debe ser abordada de otra manera.

Debemos rescatar, en el ámbito de la comunicación, la idea de un ejercicio del periodismo que sea fuente de *equilibrio en tensión*, registro de una *armonía conflictiva* y traducción y ampliación permanente de razones y argumentos de unos y otros. Los términos *equilibrio en tensión* o *armonía conflictiva* deben ser leídos desde la perspectiva «formista» desarrollada por el sociólogo Michel Maffesoli para darle preeminencia al Todo y tipificar los fenómenos de barroquización creciente de la sociedad posmoderna, donde el énfasis del lazo social se encuentra marcado por la lógica ambivalente de la atracción y la repulsión del individuo con respecto a lo Otro. Esta tensión, este conflicto, debe mirarse con ojos más amplios y generosos, tratando de recuperar, en toda su turbulencia y contradicción, la profunda relación que marca a los individuos y a los grupos sociales:

Es precisamente esto lo que nos permite comprender la armonía conflictiva o la lógica contradictoria en obra en el barroco. En el marco de tal lógica, el equilibrio no es producto de la superación, de la negación, o el rechazo de este o aquel

elemento heterogéneo, sino por el contrario de la tensión que ejercen estos elementos los unos sobre los otros. En este sentido, la efervescencia barroca, a través de su aspecto bullicioso, y del pluralismo que la caracteriza, desemboca en un orden orgánico donde todo conjunto hace cuerpo⁶.

Desde 2002 Venezuela vive y padece los acontecimientos: un golpe de Estado, un paro petrolero, un referéndum revocatorio, el abandono opositor de formas de representación (Asamblea Nacional y poderes locales), el cierre de la señal abierta de un canal privado de televisión, un referéndum para cambiar la Constitución... En el interregno de estos acontecimientos, una profunda pugna de calle, una batalla descarnada de medios, una guerra de declaraciones permanente. Una politización de la sociedad que, como todo en estos tiempos, resulta de gran avance en la reconstrucción del lazo social, y por otro lado de gran obstáculo para la convivencia, porque la lógica de la politización se vale del reconocimiento y del desconocimiento simultáneo de aliados y enemigos, respectivamente.

Puede sostenerse que después de 10 años de gobierno revolucionario, Venezuela es un país que ha confirmado con sus paradojas, sus contradicciones y complejidades, las enormes dificultades que implica el cambio social en el siglo XXI. Lo cual hace necesario y urgente que, más allá de las pasiones contingentes y de las ideologías al uso, aparezca un periodismo con una visión omnicomprensiva y duradera en el tiempo, que registre la complejidad sociopolítica que vivimos y construya un espacio democrático de pluralidades.

Equilibrio en tensión

¿Qué puede hacer el periodismo en tiempos de cambio y transformación institucional? El etnógrafo Richard Sennett ha denunciado en su último libro, *La cultura en el nuevo capitalismo*, cómo desde los años 70 la globalización ha transformado nuestras vidas en una mata de nervios e inestabilidades. Se ha

⁶ Michel Maffesoli. *En el crisol de las apariencias. Para una ética de la estética*. México: Siglo XXI, 2007 (1990), p. 174 y s.

perdido, dice Sennett, la idea del *relato de vida*, tan necesario para construir identidad de los unos con respecto a los otros (fuente primordial del equilibrio); se ha perdido el sentido de *utilidad* ante el frenesí de la publicidad y de la volatilidad de los objetos; y parte de la sociedad ha dejado de valorar lo que Sennett denomina *el espíritu artesanal*, que se manifiesta como la necesidad del individuo de construir cosas concretas (participar) en un mundo de semejanzas y de relaciones sociales⁷.

¿Cómo establecer un punto de equilibrio entre la visibilización real de demandas insatisfechas a todos los niveles de la sociedad, y la idea de tramitarlas institucionalmente? En lenguaje venezolano: ¿cómo establecer un equilibrio entre la dimensión instituyente de la sociedad y sus formas instituidas? ¿Cómo ponderar el papel que juegan los insurgentes y los institucionalistas en la reconstrucción de la política, de la comunicación y de lo social que se lleva a cabo hoy en Venezuela?

Si queremos rescatar el punto de *equilibrio en tensión*, entonces hay que desplumarlo de algunos lastres. Lo primero que hay que decir es que el equilibrio no es la forma de la Verdad, ni tampoco de la Objetividad. Mucho menos es la forma de una cosa tan poco subjetiva y tan estéril como la Neutralidad. El equilibrio no es un privilegio divino, y tampoco una cámara de compensación bancaria. Su definición semántica no ayuda mucho a revalorizarlo, la verdad: *estado de inmovilidad o inacción de una cosa sometida a la acción de fuerzas o influencias que se compensan por obrar en sentido opuesto*.

Nadie se encuentra en una posición privilegiada y especial para mirar la realidad. Existen muchas verdades, tantas como visiones existan en la sociedad, aunque algunas parezcan más visibles que otras. Y cuando nos referimos a la relación fundamental entre lo visible e invisible dentro del campo social, apuntamos al enfoque de Jacques Ranciere sobre el *régimen de lo sensible* como lugar hegemónico que establece unas verdades, y que la política como acción colectiva tiende a disputarle de manera conflictiva. De allí la tesis de que el pe-

⁷ Richard Sennett. *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama, 2006. Ver especialmente el capítulo «Capitalismo social en nuestros tiempos», p. 153 y s.

riodismo debe restablecer su lugar dentro de la dinámica social a partir de la comprensión cabal de la idea del *equilibrio en tensión*, es decir, de una práctica que hable de un mundo visible y de un mundo emergente en proceso de visibilización:

Llamaremos reparto de lo sensible a la ley generalmente implícita que define las formas de tener-parte, definiendo primero los modos perceptivos en los cuales se inscriben. El reparto de lo sensible es el corte del mundo y de mundo, el *nemein* sobre el cual se fundan los *nomoi* de la comunidad. Este reparto debe entenderse en el doble sentido de la palabra: lo que separa y excluye, por un lado, lo que hace participar, por otro. Un reparto de lo sensible es la manera como se determina en lo sensible la relación entre un común repartido y la repartición de partes exclusivas (...) presupone un reparto de lo que es sensible y lo que no lo es, de lo que se escucha y lo que no se escucha⁸.

La historia –quizá Fukuyama tenía algo de razón: *estamos en el fin de la Historia*– no tiene una dirección precisa, unidireccional, preestablecida (ni siquiera la de la democracia liberal, tan pregonada en el modelo dominante de globalización actual). Las cosas irrumpen, hay vacíos, cesuras, transformaciones, mutaciones, saltos, discontinuidades y pérdidas. En el mundo posmoderno, globalizado, multicultural, plurirreligioso, caótico y relativista, es difícil sostener que un miembro de una tribu de la Amazonia venezolana tenga menos razón o derechos legítimos que un gerente petrolero graduado en Harvard. El régimen de distribución de lo visible y lo invisible está en abierto conflicto y se ha ensanchado el número de estéticas, actores y articulaciones colectivas.

Vivimos tiempos de contrastes y claroscuros. Afortunadamente, para la idea del *equilibrio en tensión* o de la *armonía conflictiva* que proponemos, esto nos obliga, al menos, a no perder de vista los extremos. Y a pensar la complejidad entre Uno y Otro como un viaje, un trayecto o un espacio para las agendas de diálogo y de correlato necesarios. Quizá allí pueda estar el secreto para recuperar una idea del equilibrio que logre evadir los atolladeros de la Verdad, la Objetividad y la Neutralidad.

⁸ Jacques Ranciere. *Política, policía y democracia*. Santiago: LOM Ediciones, 2006 (1998), p. 70.

Testimoniar el mundo que adviene

Necesitamos un periodismo que comprenda, definitivamente, la eterna tensión entre el mundo tal como lo conocemos (el mundo visible, el de las referencias y los consensos) y el devenir marginal y «violento» de otras realidades y de otras referencias (de otras sensibilidades). Un periodismo que comprenda que en Venezuela no sólo está en litigio una manera de ver la política, sino las reglas mismas que nos permiten juzgar la acción de unos y otros. Necesitamos un periodismo que nos permita comprender que la política es ante todo la creación de nombres, lugares y actores que sirven de marcas para agrupar, unir y asociar. Que el vocabulario, definitivamente, se ha ampliado en estos años de confrontación, afirmación y diferenciación, y que los sentimientos de asco y de enamoramiento, únicamente, no sirven para evaluar la compleja dinámica cotidiana.

Al fin y al cabo, la política en períodos de emergencia y cambio se parece mucho a los huevitos de chocolate *Kinder Sorpresa*: es una cáscara vacía, empaquetada llamativamente, donde lo que uno busca no es el chocolate sino el juguete que hay adentro. Es decir, uno compra chocolate para conseguir al final un juguete. Esto es la política: un despropósito permanente, que no responde ni a necesidades directas o concretas, ni a esencias preestablecidas.

Existe un valioso ejemplo literario que nos puede dar la clave definitiva de esta búsqueda de un periodismo desalineado, que abra el juego y no lo cierre, que vislumbre la posibilidad del cambio y la transformación, que capture lo ominoso y lo fabuloso a la vez. Jorge Luis Borges retrató en su cuento, *Tlön, Uqbar y Orbis Tertius* la experiencia del universo en plena transformación. El cuento tiene el perturbador encanto de describir con suma astucia la eterna tensión entre el mundo que conocemos y la irrupción de otro mundo. Es una poderosa metáfora para hablar de los peligros que encarna un periodista que no desafía los poderes establecidos, las normas y las convenciones.

La investigación del narrador alrededor de datos casi caprichosos, casi azarosos, nos permite ir descubriendo que lo nimio, lo irregular, lo marginal tiene a veces vocación de grandeza. Nadie podía imaginar que entre un espejo

que reflejaba sombras ominosas y una enciclopedia de dudosa reputación, podía revelarse el secreto de una nueva civilización, el devenir de un mundo enteramente hecho por los hombres (sin ayuda de Dios).

Casi inmediatamente, la realidad cedió en más de un punto. Lo cierto es que anhelaba ceder. Hace diez años bastaba cualquier simetría con apariencia de orden –el materialismo dialéctico, el antisemitismo, el nazismo– para embelesar a los hombres. ¿Cómo no someterse a Tlön, a la minuciosa y vasta evidencia de un planeta ordenado? Inútil responder que la realidad también está ordenada. Quizá lo esté, pero de acuerdo a leyes divinas –traduzco: a leyes inhumanas– que no acabamos nunca de percibir. Tlön será un laberinto, pero es un laberinto urdido por hombres, un laberinto destinado a que lo descifren los hombres⁹.

¿Qué significa el desafío de estar perdidos o en viaje permanente por un laberinto hecho enteramente por hombres? Significa que hay una experiencia traumática con lo Otro. Y también se articula un desafío: no detenerse e ir hacia lo Otro, tratar de comunicarse y traducir al Otro que está en el abismo de lo incomprensible. Esa es la motivación fundamental del narrador del cuento de Borges, que cumple serenamente esa función desde la habitación de un hotel en Adrogué, cuando ya el *Orbis Tertius* (Tercer Mundo) es una realidad.

Esa serenidad borgiana nos puede dar la clave de lo que está en juego en el periodismo por venir: poder darle espacio al Otro, ceder la palabra, hacer posible su mundo, hacer posible que se vislumbre el cambio y la transformación, espantar los peligros propios del poder y sus potentes máquinas de ficción. ¿Ese no es acaso el espíritu más genuino de la democracia? ¿Democracia no es, sobre todo, el conflicto de hacer visible lo que por años, décadas o siglos ha sido invisible para la sociedad? Esa es la tarea pendiente del periodismo en la Venezuela del cambio y la transformación, y también la tarea pendiente del periodismo en el mundo turbulento de hoy.

⁹ Jorge Luis Borges. *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1975 (1956), p. 35.

Bibliografía

- BAUDRILLARD, Jean (1995). *Contraseñas*. Barcelona: Anagrama, 2002.
- BORGES, Jorge Luis (1956). *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1975.
- COETZEE, J.M. (2007). *Contra la censura. Ensayos sobre la pasión de silenciar*. Caracas: Debate.
- DEBORD, Guy (1967). *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-Textos, 2003.
- FOUCAULT, Michel (2003). *Hay que defender la sociedad*. Madrid: Akal.
- LÓPEZ MAYA, Margarita (2005). *Del viernes negro al referéndum revocatorio*. Caracas: Alfadil.
- MAFFESOLI, Michel (2005). *El conocimiento ordinario. Compendio de sociología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MAFFESOLI, Michel (1990). *En el crisol de las apariencias. Para una ética de la estética*. México: Siglo XXI, 2007.
- RANCIERE, Jacques (1991). *Breves viajes al país del pueblo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- RANCIERE, Jacques (2006). *Política, policía y democracia*. Santiago: LOM Ediciones.
- RANCIERE, Jacques (2007). *En los bordes de lo político*. Buenos Aires: La cebra.
- SENNET, Richard (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- WACQUANT, Loïc (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.